

dieras hacerme serían completamente inútiles. Si, Sydney, quiero cambiar de método de vida; empiezo á comprender que debe ser muy agradable el tener una casa en donde pueda uno entrar cuando le dé la gana (además, ¿es tan fácil entrar en otra cualquiera cuando uno se aburre en la suya!), y me he persuadido de que mister Manette es una mujer que me conviene por todos estilos; ella es digna de ocupar una elevada posicion y hará honor á un hombre como yo; por consiguiente, estoy firmemente decidido á llevar á cabo este enlace. Ahora, pobre Sydney, querido y antiguo amigo mio, hablemos algo de tu porvenir. Tú estás en una situacion muy mala, rematadamente mala—esto no necesita demostracion;—tú eres incapaz de dirigir convenientemente tus asuntos; tú no conoces lo que vale el dinero; tú vives muy mal y con muchísimo trabajo; el día ménos pensado se agotarán tus fuerzas, te encontrarás lleno de achaques y sumido en la miseria; por lo tanto, es completamente indispensable que te procures una enfermera.

El aire de proteccion que habia tomado al dar este consejo, le hacia aparecer doblemente más grueso é insolente que de costumbre.

—Haz caso de lo que te digo, prosiguió el abogado. Yo he examinado las cosas perfectamente; ten confianza en mí; ya que no has querido imitar en un todo mi conducta, sigue mi ejemplo: cástate, procúrate una persona que te cuide. No me hables de la repugnancia que te inspiran las mujeres, ni de la mala suerte que tienes con ellas, ni de tu poco tacto y escaso talento; busca una infeliz, sin que se te dé un camino de lo que te falta; echa por ahí el gancho á alguna viuda respetable que tenga alguna tierrecilla, ó una posada, ó una casa, ó alguna renta, y cástate para evitar la miseria. Eso es, ni más ni ménos, lo que te conviene, amigo mio, y debes conseguirlo á toda costa.

—Ya lo iré pensando, dijo Cartone.

CAPÍTULO XII.

Un hombre lleno de delicadeza.

Mr. Stryver, despues de adoptar la magnánima resolucion de dispensar á miss Manette el honor de casarse con ella, decidió participarle tamaña fortuna ántes de la época de las vacaciones de los tribunales. Despues de discurrir un momento, creyó obrar prudentemente terminando desde luego los preliminares, sin perjuicio de dejar á su antojo el celebrar la boda al inaugurarse los debates judiciales ó durante las fiestas de Navidad. No dudó ni un sólo instante del buen éxito de su empresa. En cuanto á las ventajas materiales del asunto, únicas que podrian inquietarle, las consideraba como cosa llana y corriente: él se presentaba, el abogado de la jóven renunciaba á la palabra, los jurados no tenian siquiera necesidad de deliberar, y el veredicto tenia que ser irremisiblemente favorable.

El mismo día en que quedaron cerrados los tribunales, Mr. Stryver escribió á miss Manette proponiéndola conducirla á Vauxhall; esta proposicion fué desechada; poco tiempo despues repitió la invitacion con respecto á Ranelagh; no habiendo sido más afortunado que la vez anterior, decidió presentarse en casa de la jóven y comunicarle la noble resolucion que habia adoptado. Quien le hubiese visto ostentando su alegre rostro al dirigirse á la morada del doctor, quien hubiese contemplado su arrogante marcha, sin hacer maldito el caso de los transeuntes, hubiera adivinado que iba seguro de su triunfo y riéndose de antemano de cualquier obstáculo que pudiera oponerse á sus planes.

Al pasar por delante de la casa Tellson, ocurriésele entrar en las oficinas y revelar á su amigo Mr. Lorry el ri-

sueño porvenir que esperaba á la hija del doctor. Dirigióse al húmedo despacho en que Mr. Lorry pasaba todo el día consagrado á sus grandes libros de cuentas, cerca de una ventana protegida por enormes barrotes perpendiculares.

—¡Buenos días! ¿qué tal os encontráis? exclamó Mr. Stryver; ¿os vá bien, no es verdad?

Una de las particularidades de nuestro abogado era la de parecer siempre demasiado grueso para el sitio en que se hallaba, cualquiera que fuese la capacidad de la habitación. Al entrar en la casa de banca, la llenó de tal modo con su humanidad, que los antiguos empleados parecieron hallarse contrariados y como aplastados contra la pared; hasta los jefes de la casa, que leían los periódicos en sus respectivos pupitres, manifestaron su descontento, temiendo acaso que la cabeza del abogado fuera á estrecharse contra los repletos bolsillos de sus chalecos.

—Buenos días, Mr. Stryver, ¿qué tal os vá? respondió Mr. Lorry con amabilidad y estrechando la mano del jurisconsulto. ¿En qué puedo servirlos? añadió al cabo de un momento.

—Deseaba veros únicamente, Mr. Lorry. Se trata simplemente de una visita; tengo que hablaros cuatro palabras.

—¿De veras? dijo el gentleman bajando la cabeza para acercar el oído á su interlocutor.

—Ved de lo que se trata, repuso Mr. Stryver apoyándose sobre el enorme pupitre que pareció demasiado pequeño para recibirle; voy á ofrecer mi mano á miss Manette, vuestra linda y simpática amiga.

—¡Es posible! exclamó el gentleman, frotándose la barbilla y mirando con aire de incredulidad al abogado.

—¡Cómo que si es posible! repitió Mr. Stryver abandonando la cómoda postura que había adoptado. ¿Qué queréis decir con eso, Mr. Lorry?

— Mi sorpresa no puede ofenderos de ningún modo, tened de ello la más completa seguridad; yo respeto y considero vuestro propósito, y creo que hace honor á vuestros sentimientos. Pero ya sabéis, Mr. Stryver...

Mr. Lorry movió la cabeza contemplando al jurisconsulto de un modo extraño, como si dijese para sus adentros: «Vos no sois digno de una jóven como esa».

—Que me ahorquen si os entiendo, Mr. Lorry, replicó el letrado, dando un puñetazo sobre el pupitre, abriendo los ojos desmesuradamente y pegando un resoplido.

Mr. Lorry arregló su pequeña peluca y mordisqueó las barbas de su pluma.

—¿Qué significa todo eso, caballero? ¡Dejáos de reticencias! ¿No soy acaso un partido aceptable?

—¡Ah! sí, señor, sois un partido muy aceptable.

—¿No ocupo una excelente posición?

—Ciertamente sí.

—¿No voy mejorándola cada día más?

—Nadie lo duda, respondió Mr. Lorry con acento de íntima convicción.

—Pues entonces ¿qué es lo que significa vuestra extrañeza? preguntó el letrado con tono algo más pacífico.

—Significa que... ¿Vais allí ahora? replicó Mr. Lorry.

—¡Allí voy derecho! respondió el abogado dando un nuevo puñetazo sobre el pupitre.

—Pues yo en vuestro lugar... no iría.

—¿Y por qué? repuso Mr. Stryver. Respondedme categóricamente; yo rebatiré todos vuestros argumentos, añadió moviendo el índice con un movimiento oratorio muy usado en el foro; vos sois un hombre formal que no habláis sin conocimiento de causa; aducid vuestras razones, y de cidme por qué motivo no debo dar el paso de que se trata.

—Porque es un paso, respondió el gentleman, que yo no quisiera dar sin tener de antemano alguna probabilidad de salir de él bien librado.

—¡Voto al diablo! exclamó Mr. Stryver, que nunca he visto nada que se parezca á esto.

Mr. Lorry, despues de pasear la vista por el despacho, fijó los ojos en su interlocutor.

—Hé aquí un hombre formal, prosiguió el abogado, un hombre respetable y lleno de experiencia, uno de los empleados más notables de una importante casa de banca que, despues de sumar tres motivos capaces de lograr la victoria, acaba por declarar que no hay probabilidad de vencer, y eso lo dice con la mayor frescura del mundo y conservando la cabeza sobre sus hombros.

Mr. Stryver recalcó esta última frase, como si hubiera sido ménos extraño que Mr. Lorry hubiese sentado su proposición, teniendo la cabeza separada del tronco.

—Al hablar de los motivos que en semejante asunto son otras tantas probabilidades de buen éxito, pienso en las razones que pueden ejercer alguna influencia en el ánimo de la jóven. Este es el punto capital, dijo Mr. Lorry colocando su mano sobre la de Mr. Stryver. Lo primero y principal es contar con el cariño de esa señorita y con su asentimiento.

—De modo, replicó el letrado cruzándose de brazos, que, segun eso, estais perfectamente persuadido de que la jóven de quien hablamos es una muchacha loca ó una insigne majadera.

—No digo yo tanto, caballero, respondió el banquero sonrojándose; mi opinion clara y terminante es que no permitiré nunca á nadie, sea quien fuere, que falte delante de mí á las consideraciones debidas á esa jóven; y si, como no creo, hubiese un hombre bastante mal educado para decir de ella alguna impertinencia en esta habitacion, ni aun el respeto que como empleado debo guardar á esta casa podria impedir que yo dijese á semejante grosero personaje todo cuanto hiciera al caso. Hé aquí, caballero, el verdadero sentido de mis palabras, y

os ruego que no las deis una falsa interpretacion, prosiguió el gentleman, cuyo sistema nervioso, de ordinario tan apacible, se hallaba no ménos agitado que el de su arrogante interlocutor.

—Confieso, Mr. Lorry, que estaba muy léjos de esperar semejante cosa, repuso el letrado rompiendo el silencio que habia seguido á esta repension. Confieso que no esperaba semejante cosa; ¿vos, que sois un hombre grave, aconsejais á Stryver, abogado en el Tribunal del banco del rey, que no pida la mano de miss Manette?

—¿Quereis saber mi opinion, Mr. Stryver?

—Lo deseo, seguramente.

—Pues es inútil repetirlo, puesto que vos mismo acabais de decirlo claramente.

—Y yo sólo puedo responderos, dijo nuestro hombre esforzando una sonrisa, que eso que decís es una cosa verdaderamente inexplicable.

—Comprendedme bien, replicó Mr. Lorry; yo, como nombre de negocios, no soy perito en estos asuntos; por lo tanto, no sé qué es lo que podrá suceder, y me callo como un muerto; pero como hombre de edad, honrado con la confianza y el cariño de miss Manette, y amigo verdadero de ella y de su padre, he creído deber deciros la verdad. Tened á bien recordar que no he sido yo quien ha provocado esta discusion. Ahora bien, ¿creeis aún que estoy en un error?

—No por cierto, respondió Stryver poniéndose á silbar; ¿por qué he de extrañarme de la locura de los demás? Estoy acostumbrado á no hallar el buen sentido sino en mí mismo. Habia creído que podia existir en alguna otra parte; vos, que conoceis la casa, suponeis que serian capaces de cometer la simpleza de rechazar la fortuna andándose con repulgos; esto puede sorprenderme, pero vos sois quien tiene razon, y yo soy el equivocado.

—Yo no tolero, Mr. Stryver, que me atribuya nadie

suposiciones que no he hecho, dijo Mr. Lorry encolerizándose nuevamente. Yo sé decir muy bien lo que supongo, y no consentiré, ni aún en este sitio, que se tome nadie la oficiosidad de interpretar mis pensamientos.

—Escuchadme, dijo el abogado, yo retiro mis palabras y os suplico que me dispenseis.

—Quedais dispensado, y os agradezco que hayais tenido la bondad de retractaros. Si he hablado en esos términos, Mr. Stryver, es porque podría desagradaros obtener una negativa, y miss Manette y el doctor sentirían también verse en la necesidad de formularla. Ya conocéis la confianza que me dispensa esa respetable familia; si me lo permitís, sin hablar nada de vuestros proyectos y sin citar siquiera vuestro nombre, procuraré informarme más minuciosamente y rectificar mi opinión, observando con mayor detenimiento el estado de las cosas; de este modo siempre estais á tiempo de sondear vos mismo el terreno, en el caso de que mis informes no fuesen de vuestro agrado. Si, por el contrario, estos os fuesen favorables podríais dar con toda seguridad el paso que intentais en este momento, ó lo daría yo mismo, y esto sería, á mi juicio, mucho más cómodo para todos. ¿Qué os parece mi plan?

—¿Y cuánto tiempo habrá que emplear en todo eso? Ya sabeis que ahora estamos en vacaciones y que pienso abandonar Lóndres hasta la apertura de los tribunales.

—¡Ah! eso es cosa de muy poco tiempo; iré esta noche á ver al doctor y pasaré en seguida por vuestro bufete.

—En ese caso, acepto desde luego, respondió Mr. Stryver; ahora tengo menos prisa que al entrar á veros. Sin embargo, tened la bondad de cumplir vuestra promesa; os espero esta misma noche; por consiguiente, hasta la vista.

Alejóse al decir estas palabras, recibiendo los saludos de los dos empleados, clavados siempre en sus respectivos escritorios, y que parecían no tener en la casa Tellso-

ne más ocupacion que la de inclinarse incesantemente, desde la llegada del primer cliente hasta la salida del último.

Mr. Stryver tenia suficiente talento para comprender que Mr. Lorry no hubiera hablado con tanta franqueza si sólo hubiese tenido un vago indicio para emitir su opinion, y aunque la píldora era bastante amarga, el abogado acabó por cargar con ella.

—Sólo tengo un medio para salir adelante, dijo el hombre encolerizado, y es el de atribuirnos todas las faltas que pudieran achacárseme.

Llevar á la parte adversa la desventaja de la situación en que uno se halla, era cosa sencilla por demás para un abogado de Old-Bailey, y esta idea tranquilizó inmediatamente á Mr. Stryver.

—No podreis nunca, señorita mia, poner en berlina á un hombre de mis condiciones; ¡no! ¡no! ¡no! sería una simpleza el intentarlo.

Por lo tanto, cuando Mr. Lorry se presentó á cosa de las diez de la noche, halló á Mr. Stryver rodeado de libros y de papelotes, y como completamente olvidado del asunto de por la mañana. El abogado llegó hasta manifestar alguna sorpresa al verle, y le recibió con aire distraído, fingiendo la contrariedad de una persona que se vé molestanda en medio de un trabajo de importancia.

—¡Pues bien!—dijo el buen hombre despues de luchar inútilmente durante media hora para lograr que el abogado se coneretase á la cuestion:—segun convinimos, he ido á casa de Mr. Manette.

—¿A casa de Mr. Manette? repitió friamente Mr. Stryver... ¡Ah, sí! ¡ya caigo en la cuenta! ¿En qué diablo estaba yo pensando?

—Ya no hay que abrigar la menor duda; yo tenia razon: mi opinion ha quedado confirmada, y os repito el consejo que os dí esta mañana.

—Lo siento muy de veras, dijo el abogado con tono sumamente afectuoso, por vos y por ese pobre padre. Yo sé muy bien la desdicha que semejante decision va á acarrear á la familia. Pero, por favor, no hablemos más de ese asunto.

—Dispensadme, caballero, dijo el anciano, no comprendo lo que significan vuestras palabras...

—¡No importa! dijo el letrado.

—Al contrario, caballero; importa mucho.

—Os aseguro que no importa nada. Yo suponía que habria sentido común y una noble ambicion, y veo que me he equivocado. Esto es un desengaño para mí. Otras muchas jóvenes han cometido semejantes faltas, y despues se han arrepentido, en medio de su miseria y de su triste situacion, de la necedad en que habian incurrido. Lo siento por ella; ha desechado una buena proporcion que tal vez no volverá á presentarse; pero en cuanto á mí se refiere, estoy de enhorabuena. No necesito deciros que yo hacia con eso muy mal negocio; yo no iba ganando nada, ni mucho ménos. Yo no he dado ningun paso, ni ha habido entre la joven y yo la proposicion mas insignificante; estoy, además, lejos de creer que yo hubiera llevado las cosas hasta ese punto si lo hubiese pensado dos veces. Yo conozco las necias pretensiones y las ridículas locuras de esas jóvenes de agraciado rostro, cuyo cerebro está completamente hueco; creer que es posible dirigir sus caprichos, seria una verdadera insensatez. Esto es deplorable pero es la pura verdad; no hablemos más de ello. Como ya os he dicho, lo siento por ellos. Yo os agradezco infinitamente vuestros buenos consejos; vos conoceis mejor que yo á esa joven, y teniais muchísima razon; eso no me tenia maldita la cuenta.

Mr. Lorry, completamente estupefacto, miraba con verdadera sorpresa al letrado, mientras éste, con cierto aire de proteccion, le acompañaba hasta la puerta.

—Haced ahora lo que mejor os parezca, amigo mio, le decia el abogado; yo os agradezco muy de veras vuestras noticias y vuestros consejos. Buenas noches; ya sabeis que estoy siempre á vuestra disposicion.

El anciano se encontró en mitad de la calle como por encanto; y, mientras procuraba volver de su asombro, el abogado, tendido sobre su diván, contemplaba el techo con visibles muestras de orgullo y de satisfaccion.

CAPITULO XIII.

Un hombre falto de delicadeza.

Si Cartone lucia su talento en alguna parte, no era ciertamente en casa del doctor. Habia ido allí con frecuencia, pero su aspecto era siempre el de un hombre sombrío y taciturno. Cuando por casualidad tomaba la palabra, se explicaba perfectamente, pero sucedia muy rara vez que la indiferencia de que hacia alarde dejase percibir la luz que brillaba en su alma. Y sin embargo, tenia cariño á los alrededores de aquella casa y adoraba hasta los adoquines que formaban el empedrado de aquellas calles.

¡Cuántas noches habia pasado recorriéndolas, cuando la embriaguez le permitia ser dueño de sí mismo! ¡Cuántas veces los primeros albos de la mañana le habian hallado en aquel bendito rincon! ¡Cuántas veces el sol, al iluminar poco á poco los campanarios de las iglesias y los tejados de los palacios, le habia hecho recordar los nobles propósitos que no podia realizar! El camastro que tenia en Temple-Court le recibia con ménos frecuencia que nunca, y cuando, por casualidad, lleno de fatiga, iba

á descansar en él al salir del bufete del abogado, se acostaba durante algunos minutos, y volvía á recorrer al poco rato los alrededores de la morada de miss Manette.

Era el mes de Agosto. Mr. Stryver, despues de decir á Sydney que lo habia pensado mejor y habia por consiguiente renunciado á aquel disparatado casamiento, se habia largado con su galantería y su delicadeza al Devoushire. El tiempo era magnífico, el aspecto y el perfume de las flores inapiraban buenos sentimientos á los corazones mas empedernidos, y devolvian la salud á los enfermos y la juventud á los ancianos. Sydney Cartone se paseaba á la ventura por su barrio predilecto; de pronto sus irresolutos pasos se animaron, y dirigiéndose al lugar que les estaba designado, le condujeron á la puerta de la casa del doctor.

Hiciéronle subir. Lucía estaba sola y trabajaba en el salon. Nunca se habia hallado á gusto al lado de Mr. Cartone, y no dejó de experimentar cierta contrariedad al ver que se sentaba cerca de su mesa de costura. Despues de contestar á esas frases insignificantes que se cambian en los primeros momentos de una visita, miró con alguna atencion al jóven y observó su extraordinaria palidez.

—¿Os encontráis mal? le preguntó con interés.

—No me encuentro muy bien; la vida que llevo está reñida con la salud. ¿Qué quereis esperar de la disipacion y de las vigalias, por no decir de otras muchas cosas más?

—Dispensadme, Mr. Cartone, si cometo una indiscrecion; pero ¿no es una lástima que adopteis semejante género de vida?

—No es una lástima, miss Manette, es una vergüenza.

—¿Y por qué no variáis de sistema?

Dirigióle una mirada llena de dulzura, y se sorprendió y se entristeció al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Ya no es posible, respondió medio sollozando; tengo que seguir rodando por esa pendiente fatal.

Sydney apoyó un codo sobre la mesa, llevó la mano á sus ojos y no pudo contener sus sollozos. Despues de algunos instantes de silencio, comprendiendo, sin mirar á Lucía, que ésta se hallaba profundamente conmovida:

—Dispensadme, repuso, me falta valor en el momento de deciroslo todo. Además, yo no sé si tendreis la bondad de escucharme.

—Con muchísimo gusto; si puedo así aliviar vuestra pena... ó seros agradable, Mr. Cartone.

—¡Bendita sea vuestra compasion! dijo descubriendo su rostro, no temais nada, no os asusteis de mis palabras, continuó Sydney con tono resuelto: yo soy como un hombre muerto al comenzar su carrera, que tal vez hubiese sido brillante.

—No digais eso, Mr. Cartone; estais aún en lo mejor de vuestra edad, y sereis digno de vos mismo; tengo la seguridad de que podeis conseguirlo.

—Yo no lo creo así, miss Manette; me conozco demasiado, y no puedo abrigar esa esperanza; pero no olvidaré nunca que habeis creído un momento que yo pudiera ser algun dia ménos indigno de vos.

Vió que Lucía temblaba, y procuró mostrarse más tranquilo en medio de su desesperacion.

—Suponiendo, miss Manette, que hubiéseis correspondido al amor mio, á pesar de toda la dicha que yo hubiera experimentado, como soy un miserable y un borracho abandonado de mí mismo, sólo os hubiese dado en cambio la desgracia, la vergüenza y la miseria. Sé perfectamente que no me profesais ningun cariño; no os pido que me estimeis: yo soy feliz al pensar que eso es imposible.

—Pero ¿no puedo seros útil en algo, Mr. Cartone? ¿No puedo corresponder á la confianza que me dispensais?

Porque, despues de todo, dijo con trémula voz y con los ojos bañados en lágrimas; yo sé muy bien que no hubiérais dicho todo eso á otra mujer. ¿Es acaso imposible que yo os ayude á abandonar esa senda fatal?

—¡Ah! dijo Sydney moviendo lentamente la cabeza; lo único que podeis hacer es oír todo lo que tengo que deciros. Vos habeis sido el último sueño de mi alma, y tengo una verdadera complacencia en deciroslo. A pesar de mi depravacion, no me hallo completamente degradado, y vos y vuestro padre habeis evocado en mí algunos recuerdos que yo creía extinguidos para siempre. Desde que os he conocido, miss Manette, me hallo agitado por remordimientos de que no me creía capaz; oigo el murmullo de antiguas voces que, á no ser por vos, permanecerian silenciosas; tengo vagos deseos de entrar en la lucha, de sacudir mi pereza, de abandonar la vida licenciosa y de emprender una nueva vida. Todo esto no es mas que un sueño, y al despertar me hallo en el mismo lugar de siempre; pero necesitaba deciros que sois vos quien me inspira esos sueños.

—¿Y por qué no aprovechar esas buenas inspiraciones? Tened valor, Mr. Cartone, procurad hacer una prueba.

—No me es posible, miss Manette; yo soy indigno de que os intereseis por mí, y sin embargo, tengo la debilidad de querer que sepais con qué poder me habeis transformado repentinamente á mí, pobre monjon de cenizas, en un fuego abrasador que, sin embargo, participando de mi triste naturaleza, no da al exterior ni calor, ni luz y se consume sin provecho para nadie.

—Eso quiere decir que he venido á aumentar vuestro infortunio.....

—No digais eso, miss Manette; vos me hubiérais salvado si mi salvacion hubiese sido posible.

—Puesto que segun decís, ejerzo sobre vos una verdadera influencia, permitidme que la utilice en provecho

vuestro, Mr. Cartone. No sé si lograré que me comprendais; pero ¿será posible que yo tenga suficiente poder para turbar el estado de vuestra alma y no para lograr el seros de alguna utilidad?

—No, miss Manette, vos me procurais el único bien que puedo aún disfrutar; en medio de las locuras de mi existencia, recordaré siempre que ha sido á vos á quien por la última vez de mi vida he abierto mi corazón, y que habeis hallado en él algo que os inspira lástima y compasion.

—Sí, Mr. Cartone, algo capaz de las más nobles acciones; yo os ruego que lo creais.

—Gracias por vuestro error, que no puedo aceptar. Pero dispensadme! estoy afligiéndoos. Una palabra no más: cuando yo recuerde esta entrevista, ¿podré tener la seguridad de que mi última confianza reposa en el fondo de vuestra alma y que no la comunicareis á nadie?

—Podeis estar persuadido de ello.

—¿Ni aún al hombre á quien otorgueis vuestro amor?

—Ese secreto es vuestro y no mio, respondió Lucía despues de un momento de silencio, y yo os prometo respetarlo.

—¡Gracias! ¡Que Dios os proteja!

Llevó á sus labios la mano de la jóven y se dirigió hácia la puerta.

—No temais, dijo volviéndose, que vuelva á hablaros nunca de lo que os he dicho hoy: no lo haré ni siquiera indirectamente; esto es tan cierto como si hubiese dejado de existir. A la hora de mi muerte, este sagrado recuerdo volverá á mi memoria y bendeciré con toda mi alma á la persona á quien he revelado mis últimas emociones, y cuyo bondadoso corazón pensará alguna vez en mi nombre, en mis faltas y en mi miseria.

Se parecia tan poco á lo que él era habitualmente, manifestaba tan claramente todo lo que habia perdido y todo lo que aún le quedaba que arrojar en el torbellino de la

disipacion, que miss Manette lloraba amargamente, sin tratar de disimular la parte que tomaba en sus penas.

—Consoláos, le dijo, yo no merezco vuestras lágrimas. Antes de dos horas las innobles costumbres, los infames compañeros que desprecio y que me arrastran consigo, me harán ménos digno de vuestra compasion que el último de los séres. Pero en el fondo de mi corazon seré para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre; creedlo: esta es la última suplica que os dirijo; no lo dudeis, aunque en lo sucesivo continúe observando la misma miserable conducta que hasta ahora.

—Yo os creo, balbuceó miss Manette.

—Debo terminar ya esta visita que se ha hecho demasiado larga; ¿qué hay de comun entre nosotros dos? estamos separados por un abismo. Yo quisiera, sin embargo, deciros una palabra más: ya sé que es inútil, pero esto se escapa de mi alma. Por vos, miss Manette, y por todos los que vos amais haria yo todo cuanto pudiera hacerse en el mundo. Si mi posicion fuera distinta y me permitiese hacerlo, me sacrificaría gustosísimamente por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras: pensad en ellas alguna vez, y tened la conviccion de que volveria á haflar una voluntad ardiente para realizar el sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un dia, tal vez próximo, en que nuevos lazos, más poderosos y más gratos, os sujeten al hogar doméstico que alegráis con vuestra presencia, y os hagan más agradable la vida. Entónces, miss Manette, cuando el rostro de un padre dichoso se una al vuestro y cuando contempleis vuestras encantadoras facciones retratadas en las del hijo á quien prodigéis vuestras sonrisas, no olvideis que existe un hombre dispuesto á dar su vida para conservar la de cualquiera de los séres que disfrutan vuestro amor.

Despidióse de ella, la bendijo por última vez, abrió la puerta y se alejó.

CAPÍTULO XIV.

Un comerciante honrado.

Infinito número de objetos movibles se presentaban diariamente ante los ojos de Jeremias Cruncher, en tanto que, acurrucado sobre su banquillo, esperaba á la puerta de Tellstone que le enviasen á cualquier parte con algun recado. ¡Quién podria permanecer sentado todo el dia en Fleet street sin sentir el mareo producido por dos inmensas procesiones, una como el sol, en direccion al Oeste, y la otra hácia el extremo opuesto, pero yendo ambas mucho más allá de esa línea de púrpura y de oro en que el sol desaparece á nuestras miradas!

Mr. Cruncher, con su pajita en la boca y su horrible muchacho al lado, veía pasar aquellas dos corrientes que parecian no tener fin: perspectiva que por otra parte no hubiera sido de su agrado, toda vez que debía una parte de sus ganancias á la conduccion y acompañamiento de las mujeres miedosas, casi todas ellas talluditas y pasadas, que desde la casa Tellstone y C.^a, necesitaban dirigirse á la otra acera de la calle. Por corto que fuese el trayecto, Mr. Cruncher tenia tiempo bastante para cobrar afecto á la señora hasta el punto de manifestarle el deseo de beber á su salud; y las cantidades más ó ménos insignificantes que recibía para poder realizar su bondadoso propósito formaban, como ya hemos dicho, una de las partidas de sus ingresos.

Hubo un tiempo en que cierto poeta se sentaba en la plaza pública é improvisaba en presencia de los transeuntes. Mr. Cruncher se sentaba tambien en la vía pública, pero no era poeta é improvisaba todo lo ménos posible, mirando siempre cuanto pasaba su á alrededor. Hallábase